

responda agrádecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

D^a. ROSA.

¿Pues no le he manifestado á V. ya cual es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De que manera debo decirselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de V., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que V. le pronuncie delante de mí.

D^a. ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á V. ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á V. los intimos afectos de mi corazon.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

D^a. ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

D^a. ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.? .. Si, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

D^a. ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(*Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

D^a. ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad....

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

D^a. ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mia.... Sí, morenilla de mi alma.

D^a. ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aquí, perлита (*Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda,*

y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.); consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha.... Vamos, no te me angusties: calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*), ya lo ve V. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora; V. se ha explicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

D^a. ROSA.

No puede V. hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

D^a. ROSA.

¿Le ofendo á V. en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera.... Una aversion tan escesiva...

D^a. ROSA.

Por mucha que le manifeste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

V. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de V. una persona que tanto la ofende.

D^a. ROSA.

Vaya V. con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á V. este mal rato; pero...

D. ENRIQUE.

No, no crea V. que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de V.

D. GREGORIO.

Vaya V. con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que revienta de risa.

(*Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

D^a. ROSA.

Ande V., que no merece tanta como V. piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demás, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

D^a. ROSA, turbada.

Mañana?

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

D^a. ROSA.

Pero...

D. GREGORIO.

Sí, amiguíta, mañana serás mi mu-

ger. Ahora mismo voy antes que os-
curezca aquí á casa de don Simplicio
el escribano, para que esté avisado
y no haya dilacion. A Dios, hechi-
cera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña
Rosa entra en su casa y cierra.)

D^a. ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evi-
tar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de
su casa, manifestando el estado de in-
certidumbre y agitacion que denota el
diálogo.)

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

D^a. ROSA.

No hay otro medio.... Si me de-
tengo un instante, vuelvo, pierdo la
ocasion de mi libertad, y mañana....
No... primero morir. Declarádoselo
todo á mi hermana y á don Manuel,
pidiéndoles amparo, consejo... es im-
posible que me abandonen. Desde su
casa avisaré á mi amante, y él dis-
pondrá cuanto fuere menester, sin
que mi decoro padezca... (Don Grego-
rio sale por una calle á tiempo que do-
ña Rosa se encamina á casa de su
hermana: se detiene, y al conocerle
duda lo que ha de hacer.) Vamos,
pero... Gente viene... Y es él... Des-
dichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quien está ahí, eh? Calle! Rosi-
ta! ¿Pues como? ¿Qué novedad es
esta?

D^a. ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

D^a. ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la expresion de sus palabras que
va previniendo la fision con que trata de
disculparse.)

D. GREGORIO.

¿Pues no he estrañararlo? ¿Qué ha
sucedido? Habla.

D^a. ROSA.

Estoy tan confusa y...

D. GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquie-
tud. ¿Qué ha sido?

D^a. ROSA.

¿Se enfadará V. si le digo...

D. GREGORIO.

No me enfadare. Dilo presto. Va-
mos.

D^a. ROSA.

Sí, precisamente se va V. á enojar;
pero... Pues tenemos una huésped.

D. GREGORIO.

Quien?

D^a. ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

Como!

D^a. ROSA.

Si señor, en mi cuarto la dejo en-
cerrada con llave para que no nos dé
una pesadumbre. Yo iba á llamar á
doña Ceferina, la viuda del pintor, á
fin de suplicarla que me hiciera el
gusto de venirse á dormir esta noche
á casa; porque al cabo, estando ella

conmigo.... como es una muger de
tanto juicio, y...

D. GREGORIO.

Pero ¿que enredo es este, señor,
que hasta ahora lléveme el diablo si
yo he podido entender cosa ningun-
a?... ¿A qué ha venido tu hermana?

D^a. ROSA.

Ha venido... Mire V., le voy á re-
velar un secreto que le va á dejar
aturdido... Pero no se ha de enfadar
V., no?

D. GREGORIO.

Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas
de que me desespere? ¿A qué ha ve-
nido tu hermana?

D^a. ROSA.

Yo se lo diré á V... Mi hermana es-
tá enamorada de don Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

D^a. ROSA.

Sí señor. Hace mas de un año que
se quieren, y casi el mismo tiempo
que se han dado palabra de matrimo-
nio. Por esto fue la mudanza desde la
calle de Silva á la plazuela de Affigi-
dos, pretestando Leonor que queria
vivir cerca de mi casa, no siendo otro
el motivo que el de parecerla muy
acomodado este barrio desierto, adon-
de tambien se mudó inmediatamente
don Enrique, para tener mas ocasion
de verle y hablarle, aprovechándose
de la libertad que siempre la ha dado
el bueno de don Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don de-
monio, ¿á cuantas quiere? ¡Si yo es-
toy lelo!

D^a. ROSA.

Yo le dire á V. Continuaron estos
amores hasta que don Enrique, celo-
so de un don Antonio de Escobar, ofi-
cial de la secretaría de Guerra, con

quien la vió una tarde en el jardin bo-
tánico, la envió un papel de despedi-
da lleno de espresiones amargas, y
desde entonces no ha querido volver-
la á ver. Parecióle conveniente ade-
más pagar con celos que él la diese,
los que le habia causado el tal don
Antonio; y desde entonces dió en se-
guirme adonde quiera que fuese, y
hacerme cortesías, y rondar la casa,
todo sin duda para que mi hermana
lo supiera y rabiase de envidia. Yo,
que ignoraba esto, bien advertí las
insinuaciones de don Enrique; pero
me propuse callar y despreziarle, has-
ta que informada esta tarde de to-
do por lo que me dijo Leonor (la cual
vino á hablarme muy sentida, cre-
yendo que yo fuese capaz de corres-
ponder á ese trasto), resolví decirle á
V. lo que á mí me pasaba, omitiendo
todo lo demas para que la estima-
cion de mi hermana no padeciese....
¿Qué hubiera V. hecho en este apuro?
¿No hubiera V. hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que... Adelante.

D^a. ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor
que inmediatamente haria saber al di-
choso don Enrique, por medio de V.,
cuanto me desagradaba su mal térmi-
no, se desconsoló, lloró, me suplicó
que no lo hiciese; pero yo le asegure
que no desistiria de mi propósito. Pen-
só llevarme á casa de doña Beatriz
para estorbármelo; V. no quiso que
fuera con ella, y no parece sino que
algun ángel le inspiró á V. aquella res-
pugnancia. Lo que ha pasado esta
tarde con el tal caballero bien lo sabe
V.; pero falta decirle que así que V.
me dejó para ir á verse con el escriba-
no, llegó mi hermana, la conté cuanto
habia ocurrido, y... Vaya, no es po-
sible ponderarle á V. la afliccion que